

ron la aprobacion de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

Car. Ah! las rió!

Gel. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fátuo.*) que podrían lisonjear algun tanto mi vanidad.. si yo la tuviese. (*Aparte.*) Y quién sabe!... (*Alto.*) Pero yo no hago alto en eso... Ya estoy metido en los negocios de Estado, trabajos sérios á que he tenido siempre una aficion loca... sí señora; porque me veais generalmente frívolo y superficial, no creais que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... llegue yo un dia al poder, y ya verán!!!

Car. Vos al poder!

Gel. Seguramente; á vos puedo decíroslo en confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... esta es la opinion de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre... y si pudieramos eliminar ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aun ahí porque su antigua reputacion de hombre hábil impone todavía respeto á las cortes extranjeras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... ya conoceis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios... ya haríamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veía á todos asustados... me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

Car. (*Escuchando.*) Silencio!

Gel. Qué es?

Car. Me habia parecido oír gritos confusos á lo lejos.

Gel. Os equivocáis.

Car. Es posible.

Gel. Alguna disputa... alguna riña en la calle; les que-
reis privar de ese placer? eso sería una tiranía; de
cosas mas importantes tenemos que hablar... de
nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas,
que probablemente no estarán acabadas... porque es
lo que yo veo de malo en esos motines y conmocio-
nes populares, que los artesanos le hacen á uno es-
perar, y que nada está pronto.

Car. Ah! no veis mas que eso malo?... yo, sin em-
bargo, que me he encontrado esta mañana en medio
del tumulto, veía algo mas...

Gel. Es posible?

Car. Sí señor; y á no haber sido por el valor y la
generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha
protegido y escoltado hasta casa...

Gel. Eduardo... y quién le manda meterse... desde
cuándo se ha abrogado el derecho de protegeros?...
pretension por cierto mas ridícula que la de su pa-
dre..

Forge. Una carta para el señor baron.

Gel. De parte de quién?

Forge. No sé, señor... la ha traído un jóven, que se
dice militar, y que espera abajo la respuesta.

Car. Algun parte acerca de lo que pasa.

Gel. Probablemente... (*Leyendo.*) "Tengo una char-
retera; el señor baron por consiguiente no puede
negarme ya una satisfaccion que necesito inmedia-
tamente. Aunque soy el insultado, le cedo la elec-
cion de las armas, y le espero á la puerta con pis-
tolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf.* — *Subte-
niente del 6.º de infantería.*" (*Aparte.*) Qué inso-
lencia!

Car. Y bien?... Qué hay?

Gel. Nada! (*Al criado.*) Andad con Dios: decidle que

mas tarde... que veré... (*Alto.*) Le daremos una leccion.

Car. Quereis ocultármelo... hay alguna novedad... algun peligro... ah! lo adivino por vuestra turbacion.

Gel. Yo! turbado?...

Car. Pues enseñadme esa esquila y os creeré.

Gel. Señora, es imposible!

Car. (*Volviéndose y viendo á Koller.*) El coronel Koller! Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II.

CAROLINA, GELER, KOLLER.

Carolina. Hablad, coronel, qué hay?

Koll. Que la insurreccion que creíamos ya apaciguada vuelve á empezar con mas fuerza que nunca.

Car. (*A Geler.*) Lo veis?... Pues cómo?...

Koll. Acusan á la corte, que habia prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada á cumplir sus promesas.

Gel. No sería mal golpe!

Car. Qué decis? (*Corre á la ventana, que abre, y mira á la calle, asi como Geler.*)

Koll. (*Aparte y solo.*) Entre tanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y espero que la reina-madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.

Car. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas... Ah! me da miendo! (*Vuelve á cerrar la ventana.*)

Gel. Eso es inaudito!... Y vos, coronel, os estais ahí?

Koll. Vengo á tomar las órdenes del consejo , que me ha hecho llamar, y espero.

Gel. Es que debería darse prisa... La condesa se va á asustar... nadie se acuerda de nada... deberian tomarse medidas...

Car. Y cuáles ?

Gel. (*Turbado.*) Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...

Car. Pero qué medidas ? qué hariais vos ?

Gel. (*Fuera de sí.*) Yo !... seguramente... pero me cogéis desprevenido... Yo no sé...

Car. Pero no acabais de decir ?...

Gel. Oh ! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavía... no es cuenta mia, y no se concibe cómo las gentes que estan al frente de los negocios... las gentes que deberian gobernar... porque al fin... qué diablo !... uno no puede tomar cartas... Este es mi paracer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaria...

ESCENA III.

CAROLINA, GELER, RANTZAU, *por el foro*; KOLLER.

Geler. (*Corriendo hácia él.*) Ah ! Señor conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo... por mas que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...

Rant. (*Friamente y observándole.*) Y por cierto que participais en gran manera de sus penas... ya se ve !... como buen amante... Ah ! estais aqui, coronel !

Koll. Vengo á tomar las órdenes de la regencia.

Gel. (*Con viveza.*) Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberacion ? qué ha pasado ?

Rant. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas ; se ha

hablado mucho ; se ha discutido : Estruansé queria entrar en transacciones con el pueblo...

Gel. (*Con viveza y aprobando.*) Cierito ! por qué no le han contentado ?

Rant. El conde de Falklend , que se ha decidido por la energía , queria echar mano de otros argumentos... queria poner en juego la artillería...

Gel. (*Idem.*) En último resultado , ese es el modo de concluir de una vez : no hay otro.

Rant. Yo he adoptado una opinion que en un principio todos desecharon , y que por fin ha sido aprobada.

Koll. Car. y Gel. Cuál ?

Rant. (*Friamente.*) No hacer nada : y eso es lo que hacen.

Gel. Pues no van del todo descaminados , porque bien mirado... al cabo... cuando el pueblo haya gritado á su sabor...

Rant. Se cansará.

Gel. Eso iba yo á decir.

Koll. Hará lo que hizo esta mañana.

Rant. (*Sentándose.*) Sí por cierto...

Gel. (*Tranquilizándose.*) Eso es... romperá unos cuantos vidrios , y se acabó.

Koll. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Gel.*) y en la vuestra , baron.

Gel. Oiga ! está bueno !

Rant. En cuanto á la mia , no tengo cuidado : los desafío á que hagan otro tanto.

Gel. Por qué ?

Rant. Porque despues del último alboroto , no he compuesto un solo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mi sayo : así queda , y servirá para la primera...

Car. (*Escuchando.*) Parece que se calma el ruido.

Gel. Ya lo sabia yo ! No hay que asustarse por esos

clamores... Y qué dice mi tío, el ministro de marina?

Rant. (*Friamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposición, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motin, ya está en cama. Como está tan delicado!...

Gel. (*Con intencion.*) Y vos, gozais de buena salud?

Rant. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.

Gel. Quién?

Rant. (*Sentado y con aire socarrón.*) Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

Gel. No falta quien os pudiera heredar en vida.

Rant. (*Mirándole con calma.*) Señor baron, vos que en calidad de consejero conoceis nuestras leyes, habeis leído el artículo 302 del código danés?

Gel. No señor.

Rant. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia; es menester además ser apto para heredar.

Gel. Y con quién habla ese axioma?

Rant. Con los que carecen de aptitud.

Gel. Caballero, lo decis con un tonó... tan remontado...

Rant. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad... Vais mañana al baile de la condesa?

Gel. (*Irritado.*) Señor conde...

Rant. Bailaréis con ella?... Dirigis las comparsas!

Gel. Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

Rant. Me acusabais de remontarte demasiado... me he bajado un poco... me he puesto á vuestro nivel.

Gel. Esto ya es demasiado!

Car. (*Junto á la ventana.*) Callad, por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.

Gel. (*Espantado.*) Otra vez? No se acabará esto nunca? Esto es insoportable!

Car. Dios mio! Todo está perdido!... Ah! mi padre!

ESCENA IV.

KOLLER, en un extremo del teatro á la izquierda;
 GEBKER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, en el otro
 extremo á la derecha.

Falklend. Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen á lo lejos nada tienen ya de alarmantes.

Gel. Ya lo dije yo!... eso no podia durar!

Car. Se ha concluido ya todo?

Falk. No enteramente; pero va mejor.

Rant. y Koll. (*Aparte cada uno y con desagrado.*)
 Malo!...

Falk. Por mas que se le decia á la muchedumbre que nadie habia atentado á la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia ó por modestia, habria querido evadirse del triunfo que se le preparaba...

Rant. Oh! en momentos como estos no era verosimil.

Falk. No digo que no; asi que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnicion atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposicion de los ánimos; hemos empezado á entendernos, y mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, escepto algunos individuos que parecian mas empeñados que los demas en escitar y prolongar el desorden.

Koll. (*Aparte.*) Los nuestros!

Falk. Pero no nos hemos apoderado de ellos.

Koll. (*Aparte.*) Cielos!

Falk. Y como ahora ya estamos en el caso de dar un corte decisivo...

Gel. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

Falk. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas serias...

Rant. Y quiénes son los arrestados?

Falk. Gente oscura y desconocida.

Koll. Se saben sus nombres?

Falk. Herman y Gustavo.

Koll. (*Aparte.*) Habrá torpes!

Falk. Facil es conocer que esos miserables no obraban por inspiracion propia; habian recibido instrucciones y dinero;... y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

Rant. (*Mirando á Koller.*) Pero los nombrarán?

Falk. Quién lo duda?... su perdon si cantan, y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo de un complot.

Koll. (*Llegándose á Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos...

Falk. Vos, Koller?

Koll. Sí. (*Aparte.*) No hay otro medio de salvarme.

Rant. Y por qué no nos habeis comunicado antes vuestras luces en la materia?

Koll. Hasta hoy no tenia ningun dato seguro... pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que VV. EE. estan aqui...

Falk. Bien... estamos dispuestos á oiros.

Car. Me retiro, señor.

Falk. Sí, por un instante.

Car. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano, y hace ademan de salir por el foro.*)

ESCENA V.

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU.

Falklend. (*A Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, teneis derecho de asistir á esta conferencia.

Rant. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra esperiencia pueden sernos de grande utilidad... (*Aparte y mirando á Koller.*) Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina-madre, ni á otros amigos que acaso puedan ser útiles todavía.

(*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena.*)

Falk. Hablad, coronel... comunicadnos esos datos que poseeis, y que despues pondremos en conocimiento del consejo.

Koll. (*Buscando palabras.*) Hacia tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacian presumir, pero del cual no podia conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado grangearme la confianza de algunos de sus gefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ageno de conspirar; mas, les he propuesto medios, los he animado...

Gel. Eso se llama sutileza...

Rant. (*Friamente.*) Sí, se puede llamar asi... si se quiere.

Koll. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche... en la comida que dais á los ministros, vuestros colegas.

Gel. Hola!

Koll. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentren.

Falk. Es posible?

Gel. Hasta de los que no son ministros... qué horror! (*A Rantzau.*) Y no os estremeceis?

Rant. (*Friamente.*) Todavía no. (*A Koller.*) Estais seguro, coronel, de lo que contais?

Koll. Estoy seguro.. es decir... estoy seguro de que me lo han propuesto... y me apresuraba á prevenirlos.

Rant. (*Ayudándole.*) Bien... pero no conocéis á los que os han hecho esas proposiciones.

Koll. Sí por cierto... Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y que no dejarán de disculparse, y de acusarme... pero... felizmente... tengo pruebas aqui; esta lista... escrita... y dictada por ellos.

Falk. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre*)

Rant. (*Con compasion.*) (*Aparte.*) Hé ahí... honrados conspiradores sin duda... pobres gentes! Fiaos luego de canalla como este... que al primer riesgo os venden para salvarse...

Falk. (*Entregándole la lista.*) Mirad... qué decis?

Rant. Digo que en todo eso no veo nada todavía de positivo... Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya conspiracion. Es preciso ademas un objeto, un gefe.

Falk. Pero no veis que ese gefe... es la reina-madre, es María Julia.

Rant. No hay nada que lo demuestre, á no ser que el

coronel... (*Con intencion.*) tenga pruebas... positivas... personales...

Koll. No señor.

Rant. (*Aparte.*) No es poca fortuna; esta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.

Gel. Oh! entonces el trance es muy delicado.

Rant. Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aqui hay personas distinguidas, gentes de alta categoría... se les ha de condenar ciegamente, solo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller... Confianza por otra parte muy bien colocada... En fin, el señor baron, que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*Marcadamente.*) donde no hay principio de ejecucion, no hay reo.

Gel. Cierto!

Falk. (*Se levanta y Rantzau tambien.*) Bueno... pero dejémosle ejecutar su complot... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicacion que acabais de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas...

Rant. (*Aparte.*) Gracias á Dios!... qué trabajo cuesta inspirarles ideas.

Falk. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

Rant. Enhorabuena.

Gel. Comprendo... pero y si no viniesen?

Rant. Sería señal de que habian engañado al coronel; no habria tal conjuracion ni tales conjurados.

Falk. Eso lo veremos. (*Se dirige á la mesa de la izquierda, y escribe mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

Rant. (*Aparte.*) Y no la habrá; prevengamos á la reina-madre para que se esten todos en su casa. Otra conspiracion abortada! (*Mirando á Koller.*) él los vende y yo los salvo! (*Alto.*) Señores, os saludo... me vuelvo á ver á Estruansé.

Falk. (*A Geler.*) Esa orden para el gobernador... (*A Rantzau.*) Volveis, supongo.

Rant. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su escelencia de la bella conducta del coronel Koller; porque al cabo si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio...

Falk. Y lo obtendrá.

Rant. (*Con intencion.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.

Koll. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

Rant. (*Con desprecio.*) Sí, tal vez debiérais estarme-lo... pero os dispenso... (*Vase.*)

Koll. (*Aparte.*) Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo... (*Saludando.*) Señores...

Gel. Os sigo, coronel. (*A Falklend.*) Con que, esta orden al gobernador... y corro á contar á la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho.
(*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI.

FALKLEND *riéndose con satisfaccion.*

Todas estas gentes son débiles, indecisas... y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase... ese conde de Rantzau sobre todo, que no ve delicuentes en ninguna parte, que no se

atreve á condenar á nadie... vacilando siempre, sin resolución... ello sí, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitamos para mi yerno... Oh! y esto no está lejos ya.

ESCENA VII.

CAROLINA, saliendo por la izquierda, FALKLEND,

Carolina. Bajais al salon, padre mio?

Falk. Sí, al momento.

Car. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo hacer los honores de la casa cuando me dejais sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.

Falk. Pues qué?

Car. La agitacion del dia, sin duda...

Falk. Si no es otra cosa, tranquilízate; te dispenso de bajar al salon, y aun de asistir á la comida.

Car. De veras?

Falk. Sí; vale mas; porque pudiera ocurrir algo... y las mugeres siempre se asustan y se desmayan...

Car. Qué quereis decir?

Falk. Nada; no hay necesidad de que sepas...

Car. No; hablad, hablad sin temor... ah! ya entiendo... esa comida tenia por objeto la celebracion de los esponsales, que se diferirán... que acaso no se verifiquen ya... si es eso lo que temeis decirme...

Falk. (Con frialdad.) No por cierto; la boda se realizará.

Car. Dios mio!

Falk. (Con calma y mirándola.) No hay variacion ninguna; y á propósito, hija mia, dos palabras...

Car. (Bajando los ojos.) Ya escucho.

Falk. Los asuntos del Estado no absorven de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa

en mi casa ; hace algun tiempo que he creido notar que un jóven oscuro, un nadie, á quien mi bondad habia dado entrada en mi casa, se atreve á poner los ojos... (*Movimiento de Carolina.*) Lo sabiais, Carolina?

Car. Sí señor.

Falk. Le he despedido ; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oido ponderar demasiado... os declaro aqui formalmente, y ya sabeis si mis determinaciones son enérgicas, que aunque pendiese de ello mi vida, no consentiria jamas...

Car. Tranquilizaos, padre mio ; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haria desgraciado, y... os lo prometo... no sereis vos el desgraciado !!!

Falk. (*Coge la mano de su hija, y despues de una pausa.*) Ese valor es el que yo necesito... te dejo... te disculparé en la mesa ; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré ; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CAROLINA rompiendo á llorar.

Ah!... se ha marchado... por fin puedo llorar!... pobre Eduardo... tantos sacrificios, tanto amor! Este será su premio?... olvidarle! Y por quién? Dios mio! qué injusta es la suerte! por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno? entonces hubiera yo podido amar libremente las virtudes que brillan en él! entonces todos hubieran aprobado mi eleccion... y ahora es un delito pensar en él! pero este dia es mio todavía... todavía no soy de nadie, soy libre... y ya que no he de volverle á ver...

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, *envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente.*

Eduardo. Han perdido mi huella.

Car. Cielos!

Eduar. (*Volviéndose.*) Ah! Carolina!

Car. Qué os trae? De qué procede esta osadía? Con qué derecho, caballero, os atreveis á penetrar hasta aquí?

Eduar. Perdon! Mil veces perdon!... ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducía en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oír sus pasos.

Car. Pero con qué objeto os introducís de esta manera en la casa de mi padre? á qué ese misterio... esas armas? hablad; esplicaos... lo exijo, lo mando.

Eduar. Mañana me marchó; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigo al baron de Geler una esquila que exigía una contestacion pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.

Car. Dios mio!... un desafío!... estoy segura... delirais, Eduardo! os vais á perder!

Eduar. Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

Car. Eduardo!... si tengo sobre vos alguna influencia, no desoíreis mis ruegos; renunciareis á ese proyecto; no insultareis al baron, ni provocareis un escándalo, terrible para vos... y para mí, caballero!... sí; yo pongo en vuestras manos mi reputacion; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer..

Eduar. Ah ! qué me pedis ? exigis que os lo sacrifique todo... hasta mi venganza.. y habreis de ser de otro , del mismo á quien quereis que perdona...

Car. No ; os lo juro !

Eduar. Qué decis ?

Car. Que si cedeis á mis súplicas , rehusaré esa boda ; permaneceré libre ; quiero serlo... sí , os lo juro aqui... no seré vuestra ni de Geler.

Eduar. Carolina !

Car. Ahora conoceis quanto pasa en mi corazon ; ya no nos volveremos á ver ; viviremos para siempre separados ; pero al menos sabreis que no sois vos el único que padece , y que ya que no puedo ser vuestra , no seré de nadie.

Eduar. (*Con alegría.*) Ah ! apenas puedo creerlo todavía.

Car. Ahora partid... demasiado tiempo habeis estado ya aqui : no espongaís los únicos bienes que me quedan , mi honor , mi reputacion ; no tengo otros ; y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos... antes quisiera morir.

Eduar. Y yo , primero perder cien vidas que esponeros á la mas leve sospecha ; nada temais , me alejo. (*Abre la puerta por donde ha entrado.*) Cielos ! hay soldados al pie de la escalera.

Car. Soldados !

Eduar. (*Señalando la puerta del foro.*) Por aqui á lo menos...

Car. (*Deteniéndole.*) No... no ois ruido ? (*Escuchando.*) Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... Ah ! si os encuentran aqui solo conmigo , soy perdida !

Eduar. Perdida ! oh ! no ! yo os respondo con mi vida. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Allí. (*Se precipita dentro.*)

Car. Cielos ! mi cuarto !

(*La puerta se cierra, Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.*)

ESCENA X

CAROLINA, GELER, FALKLEND, KOLLER, *algo en el fondo, con algunos soldados, RANTZAU, varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.*

Falklend. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.

Car. Dios mio! qué hay?

Gel. Un complot fraguado contra nosotros.

Falk. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.

Gel. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.

Rant. Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

Falk. Por lo menos había uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no le hayais visto.

Car. (*Con agitacion.*) No, ciertamente: nada.

Falk. O á lo menos que no hayas oído...

Car. (*Con la mayor turbacion.*) Hace un momento, efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que había oído á alguien cruzar por esta pieza; como quien va hácia el salon, y allí será sin duda donde..

Gel. Imposible; nosotros venimos de allí, y si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creería yo que está todavía...

Falk. A ver, Koller. (*Haciendo seña á dos soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.*)

Rant. (*Aparte.*) Algun torpe, alguno que no habrá recibido la contra-orden, y que habrá acudido solo á la cita.

Koll. (*Entrando.*) Nadie!

Rant. (*Aparte.*) Tanto mejor!

Koll. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

Rant. (*Aparte sonriéndose.*) La casualidad! todos los necios creen en ella!

Falk. (*A él y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.*) No queda mas que este cuarto.

Car. El mio? Señor!

Falk. No importa, no importa: entrad.

(*Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*)

ESCENA XI.

CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND,
RANTZAU.

Todos. (*Viendo á Eduardo.*) Cielos!

Car. Yo mueró!

Eduar. Aqui estoy; yo soy el que buscais.

Falk. (*Irritado.*) Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!

Gel. Tambien conjurado.

Eduar. (*Mirando á Carol., que está próxima á desmayarse.*) Sí, tambien conjurado! (*Con energia avanzando hácia el medio de la escena.*) Sí, conspiraba!

Todos. Es posible!

Koll. Y yo no lo sabia...

Rant. Tambien él...

Koll. (*Aparte.*) Debe saberlo todo; si habla me compromete.

(*Entre tanto Falklend ha hecho seña á Geler que se siente á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hácia Eduardo.*)

Falk. Dónde estan vuestros cómplices? quiénes son?

Eduar. No los tengo.

Koll. (*Bajo á Eduardo.*) Bravo! (*Se aleja rápidamente.*) (*Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau.*)

Rant. (*Aparte, haciendo un gesto de aprobacion á Eduardo.*) No es un vil este.

Falk. (*A Gel.*) Habeis escrito? (*Volviéndose á Eduar.*) Sin cómplices, eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa ó pretesto, las armas que traeis, prueban un proyecto de que ya teniamos conocimiento; queriais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podiais llevarle á cabo.

Eduar. Nada tengo que responder, y de mí no sabreis nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! queria quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y á Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en valde.

Gel. Sobre eso daré esplicaciones al consejo.

Falk. Silencio, Geler! Puesto que el Señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiracion...

Eduar. (*Con energía.*) Sí!

Car. (*A Falk.*) Os engaña; es falso.

Eduar. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz, (*Con intencion y mirándola.*) y dar asi al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesion.

Koll. (*Bajo á Rantzau.*) Es hombre perdido, y su partido tambien.

Rant. (*Aparte y solo á la derecha del espectador.*) Todavía no; esta es ocasion de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos...

(*Se vuelve hácia Fulklend y Geler, que se han acercado á él.*)

Falk. (*Dando á Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose á Eduardo.*) Es esta vüestra última declaracion?

Eduar. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabreis una palabra mas.

(*Gel., Falk. y Rant. parecen deliberar. Entre tanto Carolina dice á Eduardo en voz baja.*)

Car. Os perdeis! Os cuesta la vida.

Eduar. (*Id.*) Qué te importa? no quedareis comprometida; os lo habia jurado.

Falk. (*Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose á Koller y á los soldados que estan detras de él les dice señalando á Eduardo.*) Prendedle.

Eduar. Vamos.

Rant. (*Aparte.*) Pobre mozo! (*Tomando un polvo.*) Esto va bien!

(*Los soldados se llevan á Eduardo por el foro. Cae el telon.*)



ACTO CUARTO.

Habitacion de la reina-madre en el palacio de Cristiamborg. = Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda. = A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.



ESCENA PRIMERA.

LA REINA á la derecha, sentada junto al velador.

Nadie! nadie todavía! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (*Le-yendo.*) "A pesar de la contra-orden que habeis dado, uno de los conjurados fue preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el jóven Eduardo Burkenstaf. Haced por ver á su padre y ponedle en movimiento! no hay tiempo que perder." Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! Con que era de los nuestros! Entonces por qué Koller no me ha prevenido! No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté tambien comprometido, es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenia confianza con él; pero su cabeza está mas débil que nunca; es todo lo mas si me ha conocido y me ha comprendido... y si ese jóven, intimidado por las amenazas, nombra á los gefes de la conspiracion, si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero y su padre... su padre, que no viene, y que es mi única esperanza. Le he enviado á decir que no me traiga las telas que le he encargado; y ha debido com-

prenderme; en el dia nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonía depende el éxito.

Un Ugier de la cámara. (Entrando.) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á V. M.

Reina. (Con viveza.) Que entre; que entre.

ESCENA II.

LA REINA, BERTON, MARTA *con telas debajo del brazo*, EL UGIER, *que permanece en el fondo.*

Berton. Ya ves, muger; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

Reina. Venid; os esperaba.

Bert. V. M. es demasiado amable! Me habeis hecho llamar á mí; pero yo me he tomado la libertad de traer á mi muger para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra V. M.

Reina. Poco importa si es de fiar. (*Al Ugier.*) Dejadnos. (*Vase.*)

Mart. Aquí tiene V. M...

Reina. No se trata de eso. Sabeis lo que pasa?

Bert. No señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

Mart. Y lo estaria todavía, á no ser por un aviso secreto que he recibido.

Reina. (Con viveza.) No importa... Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro auxilio.

Bert. Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.

Reina. Esta es la ocasion de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

Bert. V. M. cree...

Mart. Yo creo que es la ocasion de estarse quieto...

perdone V. M... pero demasiado ha dado ya que decir.

Bert. Callarás? (*La reina le hace señas que se modere, y va á mirar por el foro si los escuchan. Entre tanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su muger.*) Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

Mart. (*A media voz á su marido.*) Linda suerte! rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!!

Bert. (*Fuera de sí.*) Marta! Pido mil perdones á V. M. — (*Aparte.*) Si yo hubiera sabido esto, me hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*) Qué exigis de mí?

Reina. Que unais vuestros esfuerzos á los míos para salvar nuestro país oprimido, y devolverle la libertad.

Bert. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

Mart. Y por ser nombrado burgo-maestre; porque esto es lo que deseas ahora.

Bert. Lo que deseo es que calles, ó sino...

Reina. Silencio.

Bert. (*A media voz.*) Hablad, señora; hablad.

Reina. Koller, uno de los nuestros, os habia instruido ya de nuestros proyectos de ayer.

Bert. No señora.

Reina. Es posible? eso me asombra...

Bert. (*Con impaciencia.*) Y á mí... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debia contar.

Reina. Sobre todo despues de la prision de vuestro hijo.

Mart. (*Dando un grito.*) Preso, decis? mi hijo preso!

Bert. Se han atrevido á prender á mi hijo!

Reina. Qué? no lo sabeis?... está acusado de conspiracion. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.

Mart. (*Corriendo hácia ella.*) Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... perdonadme, señora... perdonadme... (*Llorando.*) mi hijo... hijo mio! (*A Bert. con calor.*) La reina dice bien; es preciso salvarle.

Bert. Sí; es preciso sublevar el barrio; alborotar toda la ciudad.

Mart. Y te estás ahí? no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelion?

Reina. Eso es todo lo que os pido.

Bert. Entiendo, entiendo; pero es preciso deliberar...

Mart. Es preciso tomar las armas y correr á palacio... que me vuelvan mi hijo. (*Sigiendo á su marido, que retrocede algunos pasos hácia la derecha.*) No eres hombre si sufres este ultrage, si tú y los habitantes de esta ciudad tolerais que arrebaten un hijo á su madre, que le sepulten sin razon en un calabozo, que derriben su cabeza; es interes de todos... es la causa del pais y de su libertad.

Bert. Hola! la libertad... tú tambien...

Mart. (*Fuera de sí.*) Sí, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demas: yo no veo mas que esa; pero esa la lograremos.

Reina. Eu vuestras manos la teneis; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa; pero moveos... moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.

Mart. Sí señora, y para salvar á mi hijo: contad con nuestra adhesion.

Reina. Tenedme al corriente de cuanto hagais, y de los progresos de la sedicion. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por esa escalera secreta que da á los jardines podeis estar en comunicacion conmigo y recibir mis órdenes... alguien viene; partid.

Bert. Bien está; bien... pero si además me dijeseis lo que es preciso...

Mart. (*Arrastrándole.*) Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven... ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado V. M.; yo os respondo de él y de la rebelion. (*Sale llevándose á su marido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el Ugier.*)

Reina. Qué hay? qué quereis?

Ugier. Dos ministros vienen en nombre del consejo á hacer á V. M. una comunicacion importante.

Reina. (*Aparte.*) Cielos! qué será? (*Alto.*) Que entren. (*Se sienta.*)

ESCENA III.

EL CONDE DE RANTZAU, FALKLEND, LA REINA.

Falklend. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto seriamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer, por último, se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot, cuyos gefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...

Reina. Creo en efecto, señor conde, que os sea mas facil tener sospechas que pruebas.

Rant. (*Con intencion y mirando á la reina.*) Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...

Falk. Obstinacion ó generosidad que le costará la vida. Entre tanto, para ahogar en su origen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la orden de no salir de este palacio.

Reina. A mí? y con qué derecho?

Falk. Con un derecho que no teniamos ayer, y que

hoy nos abrogamos. Una conspiracion descubierta le da fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin á adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de Estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entre tanto que hacemos comparecer reos de mas alta categoria.

Reina. Señor conde!

ESCENA IV.

RANTZAU, GELER, FALKLEND, LA REINA. (*Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la reina, y se dirige á Falklend sin ver á Rantzau, que está detrus de él.*)

Geler. Aqui está el decreto del consejo que acabo de expedir en calidad de secretario, y al cual solo faltan dos firmas.

Falk. Bien.

Gel. (*Con aturdimiento y enseñando otros papeles.*) Aqui está tambien, según me habeis encargado, el proyecto de decreto para la exoneracion de...

Falk. (*En voz baja señalando á Rantzau.*) Silencio!

Gel. (*Aparte.*) Es verdad; no le habia visto. (*Mirando á Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impassible.*) No lo ha oido; ni se le pasa por la imaginacion.

Falk. (*Recorriendo los papeles.*) La sentencia de Eduardo Burkenstaf. (*Leyendo.*) Condenado!

Reina. Condenado!

Falk. Sí señora, é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

Gel. He encontrado tambien una diputacion de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, segun dicen, de sus atribuciones, venian á representar al rey, y cuentan para este paso con V. M.

Falk. Ya lo veis, señora; todos los descontentos hacen causa comun con vos.

Reina. Y gracias á vuestro cuidado, mi corte se aumenta diariamente.

Falk. (*A la reina.*) No quiero negar á V. M. el placer de esta entrevista. (*A Geler.*) Decid que entren; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V.

RANTZAU, EL PRESIDENTE, CUATRO CONSEJEROS, GELER, FALKLEND, *cerca de la reina.*

Falklend. Señores, sé el motivo que os trae; nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

Presidente. (*Con voz firme.*) Perdonad, señor; cuando el Estado esta en peligro, cuando el orden público está amenazado, se debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelion, y no apoyarse en la rebelion para derribar la justicia.

Falk. (*Con altanería.*) Cualquiera que sea vuestra opinion en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un pais donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno; os aconsejo que empleeis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumision; de otra suerte, que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir.

Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y para probar á todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habíamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesion de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo (*A Rantzau.* (Conde de Rantzau, solo falta vuestra firma.

Rant. (*Friamente.*) No la daré.

Todos. Cómo?

Falk. Por qué?

Rant. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinacion de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

Falk. Señor conde!

Rant. Esa es al menos mi opinion; desapruedo todas esas medidas... estan en contradiccion con mi conciencia, no firmaré.

Falk. Pero eso debierais haberlo dicho en el consejo.

Rant. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

Gel. En esos casos, señor conde, da uno su dimision.

Rant. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone; puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto á esa dimision que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

Falk. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

Gel. La aceptaremos.

Falk. Señores, me parece que me habeis entendido... podeis retiraros.

Presidente. (*A Rantzau.*) No esperabamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)



Falk. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

Rant. Pero tan de vuestro gusto.

Falk. (*Saliendo.*) Venis conmigo, Geler?

Gel. Ahora mismo. (*Acercándose á Rant. con aire bufon*) Quisiera antes...

Rant. Darme las gracias?... No hay de qué... ya sois ministro.

Gel. De todos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Habia tomado mis medidas... (*Restregándose las manos.*) No os dije que os derribaría?

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor baron, no quiero entreteneros; daos prisa, ministro de un dia!

Gel. (*Sonriéndose.*) Ministro de un dia?

Rant. Quién sabe?... puede ser que dure menos todavía. Por lo mismo sentiría mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

Gel. Sea! (*Aparte.*) Magnífico! ya estan todos aterrados y confundidos. (*Saluda á la reina y vase.*)

ESCENA VI.

LA REINA asombrada, RANTZAU.

Rantzau. (*Aparte.*) Ah! Ah! Mis amados colegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.

Reina. No vuelvo en mí de mi asombro. Vos, Rantzau, dar vuestra dimision!

Rant. Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

Reina. Pero os perdeis.

Rant. No señora; es gran cosa una dimision oportuna, (*Aparte.*) es un anzuelo. (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de Es-

tado, que me creía al abrigo de toda sensación, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y sobre todo, sus proceder para con V. M. han acabado de decidirme.

Reina. Atreverse á arrestarme en palacio!

Rant. Si no fuese mas que eso...

Reina. Cómo? tienen otros proyectos? los sabeis?

Rant. Sí señora; y ahora que ya no soy miembro del consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros dos agentes subalternos... Herman y Gustavo...

Reina. Dios mio!... han descubierto... ese pobre Koller estará comprometido!

Rant. No señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

Reina. No es posible!

Rant. La prueba... es que tiene ahora mas favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decia ayer: no os fieis de él, que os venderá...

Reina. De quién podrá uno fiarse, Dios mio?

Rant. De nadie!... algun dia adquirireis esa triste experiencia. Con pretexto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, estan resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa orden... qué digo? el que lo ha solicitado... es Koller.

Reina. Qué horror!

Rant. Debe venir aqui al anochecer.

Reina. Koller!... semejante ingratitud... y sabeis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas...

Rant. (*Sonriéndose.*) Sí, eh? ahora comprendo por qué tenia tanto interes en encargarse de vuestro arresto; queria sorprender vuestros papeles, y no re-

mitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes.

Reina. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á Rantzau.*) Tomad... tomad... si succumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

Rant. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera.*) Y qué hariais, señora, con la cabeza de Koller? Aqui no se trata de vengarse, sino de triunfar.

Reina. Triunfar? y cómo? Todos mis amigos me abandonan, escepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

Rant. Yo! Señora!

Reina. (*Con viveza.*) En fin, creéis que logre sublevar al pueblo?

Rant. El solo, no señora.

Reina. Pues ayer bien lo consiguió.

Rant. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento; una máquina, una palanca; dirigida por un brazo hábil y poderoso, puede haceros grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

Reina. Qué puedo hacer entonces?... Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir... La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida...

Rant. (*Friamente.*) Os equivocais; nunca ha estado mas ganada.

Reina. Qué decis?

Rant. Ayer nada se podia hacer, porque no teniais de vuestra parte mas que un puñado de intrigantes, y conspirabais sin objeto y á la buena ventura. Hoy teneis en vuestro favor la opinion pública, los magistrados, todo el pais, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos la defendeis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estais condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... á Dios gracias; es una ventaja, de que es preciso aprovecharse.

Reina. Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

Rant. No hagais cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

Reina. Y si mañana Estruansé me ha de prender, cómo impedirselo?

Rant. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole á él esta noche.

Reina. (*Asombrada.*) Os atrevierais...

Rant. (*Friamente.*) No se trata aqui de mí... sino de V. M.

Reina. Qué quereis decir?

Rant. En primer lugar... estais bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda mas esperanza, ni otra alternativa que la regencia ó una prision perpetua?

Reina. Lo creo firmemente.

Rant. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso sería temeridad, viene á ser en este prudencia. (*Con calma y señalando la puerta de la izquierda.*) Esta puerta no da al cuarto del rey?

Reina. Sí; acabo de verle... está solo, abandonado de todos... en el estado casi de la infancia.

Rant. Entonces, y puesto que podeis todavía entenderos con él, fácil os sería obtener...

Reina. Quién lo duda?... pero para qué? de qué servirá la orden de un rey sin poder.

Rant. (*A media voz, pero con energía.*) Consigámosla, y despues se verá.

Reina. Y vos despues os movereis?...

Rant. Yo no.

Reina. Quién, pues?

Rant. (*Deteniéndose.*) Llaman.

Reina. (*A media voz.*) Quién?

Bert. (*De fuera.*) Yo, Berton de Burkenstaf.

Rant. (*A media voz.*) Perfectamente.. ese es el hombre que necesitais para ejecutar vuestras órdenes, el y Koller.

Reina. Koller?

Rant. No es necesario que me vea; hacedle esperar aqui un momento, y venid á buscarme.

Reina. Adónde?

Rant. (*A media voz.*) Allí!

Reinu. A la antecámara del rey! (*Rantzau sale.*)

ESCENA VII.

BERTON, LA REINA.

Berton. (*Entrando misteriosamente.*) Soy yo, señora, que no tengo nada que participar á V. M., y que vengo por lo mismo á consultar...

Reina. (*Con viveza.*) Bien! Bien! El cielo os envia... Esperad aqui, y no salgais... esperad las órdenes que voy á daros, y que debereis ejecutar inmediatamente.

Bert. (*Inclinándose.*) Si señora... (*La reinu se entra por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

BERTON.

No vendrá mal esto... sabré al menos lo que debo hacer... porque todo pesa sobre mí, y no sé á qué atenerme... Nuestro amo, dónde hemos de ir?... nuestro amo, qué hemos de decir?... nuestro amo, qué hemos de hacer?... Qué diablos sé yo! les respondo siempre... esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...

ESCENA IX.

JUAN, BERTON, MARTA.

Berton. (*A Juan y Marta, que entran por la puerta de la izquierda.*) Qué hay?

Juan. (*Tristemente.*) Esto va mal... todo está tranquilo!

Mart. Las calles estan desiertas, las tiendas cerradas; por mas que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado *viva Burkenstaf!* nadie ha respondido!...

Bert. Nadie... esto es inconcebible!... vea usted! unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo... y hoy permanecen en sus casas!

Juan. Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

Bert. De veras?

Juan. Las puertas de nuestros talleres estan custodiadas por piquetes de caballería.

Bert. Dios mio!

Mart. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

Bert. (*Espantado.*) Eso es otra cosa... Oidme... yo no

sabia nada de eso. Yo le diré á la reina-madre: Señora, lo siento mucho; pero nadie está obligado á hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.

Mart. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y si en este momento te presentases, hay orden de prenderte, y acaso...

Bert. Pero eso es espantoso... es una arbitrariedad... una... Y dónde nos esconderemos ahora?

Mart. Escondernos? Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

Bert. Es posible?

Mart. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; á tí te toca ver cómo nos sacas; es preciso moverse, hacer algo...

Bert. Eso quisiera yo... pero cómo?

Juan. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos estan libres; esos no temen á nadie, y en dándoles oro...

Mart. Dices bien... oro, oro... todo el que tenemos... tenemos oro todavía; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

Bert. Pero advierte...

Mart. Dudas todavía?

Bert. No; no dudo precisamente; no digo que no; pero... no digo tampoco que sí.

Juan. Entonces qué decis, nuestro amo?

Bert. Digo que es preciso esperar.

Mart. Esperar!... Y quién os impide tomar un partido?

Juan. Sois el gefe del pueblo.

Bert. (*Encolerizado.*) Pues ya se ve! voto va! Soy el gefe del pueblo, y nadie me dice una palabra... no se me comunica una orden... esto es inconcebible!

ESCENA X.

Dichos y el UGIER.

Ugier. (*Dando á Bert. un pliego.*) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.

Bert. De la reina! Ah! Qué fortuna! (*Al Ugier, que se va.*) Gracias, amigo... hé aqui lo que esperaba para poner esto en movimiento.

Mart. y Juan. Qué es?

Bert. Silencio! No os lo decia; pero estaba asi concertado con la reina; teniamos acá nuestro plan.

Mart. Eso es otra cosa.

Bert. Veamos... en primer lugar... (*Leyendo aparte.*)

“ Mi querido Berton. — Bravo! — Os confio, como á gefe del pueblo, esta orden del rey... ” — Del rey! Es posible? — “ Vos mismo os encargareis de que quede entregada. ” — Por supuesto! Vaya! —

“ Hecho lo cual, y sin entrar en ningun detalle ni declaracion, os retirareis, saldreis de palacio, y os mantendreis oculto. ” — Se hará todo exactamente.

— “ Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellon real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podais disponer, gritando: Viva el rey! ” — Ya está todo dicho. — “ Romped en el acto este billete. ” (*Rompiéndole.*) Ya está hecho.

Mart. y Juan. Y bien? qué hay?

Bert. Silencio, muger, silencio! los secretos de Estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer... A ver... veamos... (*Cogiendo el pliego cerrado.*) “ A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller. ”

Mart. Koller!

Bert. Quién diablos es este?... Ah! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... no te acuerdas?

Mart. Es verdad.

Bert. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche...

Mart. Qué dices?

Bert. Silencio he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*)

Tú, esta noche, reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán... en honores y dignidades... al amanecer vendreis todos á reuniros conmigo, y entonces...

Mart. Se salvará de esa manera á nuestro hijo?

Bert. Brava pregunta!... Sí, muger, sí; de esa manera se salvará... y yo seré consejero, tendré un gran destino... gordo, gordo... y Juan también... otro mas pequeño.

*Juan.*Cuál? á ver...

Bert. Por el pronto yo te prometo algo... Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por dónde empezar... Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller... Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI.

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER.

Koller. (*Viendo á Berton.*) Qué veo? qué haceis aquí? quién sois?

Bert. Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. Y vos quién sois para interrogarme?

Koll. El coronel Koller.

Bert. Koller!... Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, gefe del pueblo.

Koll. Y os atreveis á poner los pies en este palacio despues de dada la orden de vuestra prision?

Mart. Cielos!

Bert. Muger, no tengas cuidado. (*A Koller á media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada... nos entendemos... sois de los nuestros.

Koll. (*Con desprecio.*) Yo!

Bert. (*A media voz.*) Hé aqui la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

Koll. Del rey!... Es posible?... qué significa esto? (*Recorre la carta.*) Cielos! esta orden!...

Bert. (*A su muger.*) Qué tal? Le ha hecho efecto?

Koll. Cristiano!... es de su puño... indudablemente... su firma... Podreis esplicarme, caballero, por qué casualidad...

Bert. (*Gravemente.*) No entraré en ningun detalle ni aclaracion; es la orden del rey; ya sabeis lo que teneis que hacer... y yo tambien... me voy.

Mart. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... qué dice ese papel?

Bert. No te importa: no puedes saberlo. (*A su muger y á Juan.*) Vamos.

Juan. Tendré un destino... oh! y bueno!... de lo contrario... os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII.

RANTZAU entra por la izquierda, **KOLLER** en pie pensativo con la carta en la mano.

Koller. Dios mio! El conde Rantzau!

Rant. Parece que el señor coronel está muy meditando.

Koll. (*Llegando á él.*) Vuestra presencia, señor con-

de, me colma ahora mas que nunca de placer, y podeis asegurar al consejo de regencia...

Rant. No soy del consejo ya; he dado mi dimision.

Koll. (*Asombrado y aparte.*) Su dimision!... es decir que el otro partido va de capa caída! (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

Rant. Una orden?... y de quién?

Koll. (*A media voz.*) Del rey.

Rant. No es posible.

Koll. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la orden del consejo, venia á prender á la reina-madre, el rey, que tanto tiempo ha no se metia en asuntos del gobierno, ni en negocios de Estado, el rey, que habia depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda, á mí, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su muger.

Rant. (*Friamente examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VII, rey de Dinamarca.

Koll. Y qué os parere?

Rant. Eso iba yo á preguntaros: porque al fin, la orden no se dirige á mí, sino á vos.

Koll. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey ó al consejo de regencia, qué hariais vos en mi lugar?

Rant. Qué haria yo?... En primer lugar no pediria consejos á nadie.

Koll. Obrariais; pero en qué sentido?

Rant. (*Friamente.*) Eso es cuenta vuestra. Como vuestro interes es el que os guia constantemente, meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece mas ventajas...

Koll. Señor conde!

Rant. Creo que es eso lo que me preguntais, y yo

empezaria por aconsejaros que leyeseis con detencion el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: "al general Koller."

Koll. (Aparte.) Al general! Ese título que tantas veces me ha negado! (*Alto.*) Yo general!

Rant. (Con dignidad.) Nada mas justo; un rey premia á los que le sirven, asi como castiga á los que le desobedecen.

Koll. (Lentamente y mirándole.) Para premiar y castigar, es preciso tener poder: lo tiene?

Rant. (En el mismo tono.) Quién os ha entregado esa orden?

Koll. Berton Burkenstaf, que se llama gefe del pueblo.

Rant. Eso podria probar que existe en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse, y con el cual podriais contar.

Koll. (Vivamente.) Vucencia puede asegurármelo?

Rant. (Friamente.) Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mio. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

Koll. Entiendo... (*Despues de una pausa y acercándose á Rantzau.*) Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey... en primer lugar es mi deber; pero y los medios de ejecucion?...

Rant. (Lentamente.) Facilísimos... la guardia del palacio os está confiada; disponeis vos solo de los soldados...

Koll. (Vacilando.) Sí; pero y si sale mal?...

Rant. Y bien? qué puede suceder?

Koll. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

Rant. (Volviéndose, con firmeza.) Eso es lo que os detiene?

Koll. (Id.) Eso.

Rant. (Id.) No teneis ningun otro reparo?

Koll. Ninguno.

Rant. En ese caso, tranquilizaos; de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

Koll. Qué quereis decir?

Rant. Que si mañana Estruansé es poderoso todavía, os hará prender y condenar en veinte y cuatro horas.

Koll. Con qué pretesto? Por qué delito?

Rant. (*Enseñándole cartas, que vuelve á guardar inmediatamente.*) No bastan estas cartas escritas por vos á la reina-madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendiais?

Koll. Señor conde, quereis perderme!

Rant. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traicion se conviertan en pruebas de fidelidad.

Koll. De qué manera?

Rant. Obedeciendo á vuestro soberano.

Koll. (*Furioso.*) Pero, en fin, estais por el rey? Obráis en su nombre?

Rant. (*Con altanería.*) No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estais en el mio; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quien erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí al contrario con mi silencio; me convenia asi entonces; en el dia ya no me conviene; y puesto que me habeis pedido consejos, os quiero dar uno. (*Con tono importante y á media voz.*) Ejecutad las órdenes de vuestro rey; prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, á Estruansé y á la condesa; ó sino...

Koll. (*En la mayor agitacion.*) Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo, que sois uno de los gefes, y acepto.

Rant. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana sereis general... ó fusilado... escoged. (*Da un paso para salir.*)

Koll. (*Deteniéndole.*) Señor conde !...

Rant. Qué resolvéis, coronel ?

Koll. Obedeceré.

Rant. Bien ! (*Con intencion.*) A Dios, general ! (*Vase por la izquierda y Koller por el foro.*)



ACTO QUINTO.

Salon del palacio de Falklend. = A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones. = A la izquierda en primer término una mesa, y recado de escribir. = Sobre la mesa dos bugías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA *envuelta en una capa y debajo un traje de baile*, FALKLEND.

Falklend. (Dando un abrazo á su hija.) Cómo estais ya?

Car. Gracias, señor; estoy mejor.

Falk. Tu estraordinaria palidez me habia asustado; creí que te caías en medio del baile, delante de todo el mundo.

Car. Ya sabeis que yo hubiera preferido estarme aqui; pero vos, á pesar de mis ruegos, habeis querido que fuese.

Falk. Cierto: qué no se hubiera dicho de tu ausencia?... No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbacion cuando encontraron en casa á ese jóven?... No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedirian asistir á la fiesta.

Car. Padre mio!

Falk. Que estaba por cierto magnífica. Qué lujo! Qué suntuosidad! Qué multitud! No necesito mas pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la

condesa mas seductora; se veía brillar en sus ojos el orgullo del triunfo!... A propósito, has reparado en el baron de Geler?

Car. No señor.

Falk. Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecia todavía mas satisfecho de esta predileccion que de su nueva dignidad de ministro; porque, le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.

Car. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

Falk. Sí... siempre le ha gustado singularizarse! asi es que no le hemos tomado por eso ningun rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluido; y la corte, que teme su talento... se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor...

Car. A quien no teme.

Falk. Precisamente! á un caballero amable y galante como mi yerno!

Car. Vuestro yerno!

Falk. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) Sin duda!

Car. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del baron.

Falk. Y por qué no ahora mismo?

Car. Es tarde; la noche está muy adelantada... y ademas, no estoy enteramente restablecida de la conmocion que he experimentado.

Falk. Pero, cuál ha sido la causa de esa conmocion?

Car. Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes, no podia creer que á algunos pasos de alli seres desgraciados gemian acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mio; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguia por todas partes. Cuando

el marqués de Osten se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oído, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecia estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: "Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traicion; no lo olvidéis." El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: "No lo olvidaré, escelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasion de recordároslo."

Falk. Qué insolencia!

Car. Este incidente habia reunido algunas personas á nuestro alrededor, y oí confusamente estas palabras: "El ministro tiene razon: es preciso hacer un ejemplar." "Sí, decian otros, pero condenarle á muerte!..." Condenarle! al oír esta palabra, un frio mortal se difundió por mis venas; se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

Falk. Felizmente estaba yo cerca de tí.

Car. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero qué quereis? Encerrada hoy todo el dia en mi cuarto, á nadie habia visto, ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero... no es verdad que él no tiene porque temer?

Falk. Seguramente... que no... tranquilízate.

Car. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, vuestra influencia misma, padre mio...

Falk. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mia, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.

Car. Volveis al baile?

Falk. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente

toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy á mi despacho á trabajar. Hola! (*Forge uparece en el fondo, y otro criado que toma una bugía.*) Vamos, hija mia, valor, ánimo... Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido del criado.*)

ESCENA II.

CAROLINA, JORGE.

Carolina. Respiro! me habia asustado sin razon; se trataria de otro sin duda. Ah! Se me figura que todos deben estar como yo, y no pensar mas que en él...

Jor. Señorita...

Car. Qué hay, Jorge?

Jor. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.

Car. A mí?

Jor. Me ha suplicado que os pase el recado ..

Car. Que entre!... aunque estoy muy cansada, la recibiré.

Jor. (*Que ha ido á buscar á Marta.*) Aqui tiene usted, buena señora... aqui está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARTA, CAROLINA.

Marta. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas...

Car. Señora Burkenstaf!... (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos.*) Ah! Cuánto me alegro de haberos recibido... qué dichosa soy cuando os veo. (*Aparte con alegría y ternura.*) Es su madre! (*Alto.*) Venis á hablarme de Eduardo?

Mart. Ah! Señorita, en medio de mi desesperación, puedo hablar por ventura de otra cosa... que de mi hijo... de mi pobre hijo?... vengo de verle.

Car. (*Con viveza.*) Le habeis visto?

Mart. (*Llorando.*) Vengo de abrazarle, señorita... por la última vez!

Car. Qué decis?

Mart. Le han notificado esta tarde su sentencia.

Car. Qué sentencia? qué quiere decir eso?

Mart. (*Con alegría.*) Lo ignorabais señora?... Ah! tanto mejor! de otra suerte no hubierais estado en ese baile, no es verdad?... Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habriais podido divertirlos cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte...

Car. (*Dando un grito.*) Ah! (*Con delirio.*) Con que decian la verdad!... hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) Le han condenado!

Mart. Sí, señorita... Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. Podeis concebirlo, señora? y es madre sin embargo!... tiene un hijo!

Car. Serenaos, señora... yo tengo alguna esperanza todavía.

Mart. Yo pongo en vos todas las mias... Mi marido tiene proyectos que no quiere esplicarme... no debiera deciros... pero vos no me vendereis... entre tanto no se atreve á presentarse... está escondido... sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde... y yo, en medio de mi dolor, qué puedo intentar? Qué puedo hacer? Si todo se redujese á morir... nada os pediria, ya estaria mi hijo en libertad. He

corrido á su calabozo, he dado tanto oro, que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle; le he estrechado contra mi corazon... le he hablado de mi desesperacion, de mis temores... Pero ah! él no me ha hablado sino de vos!

Car. Eduardo!

Mart. Sí señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. "Espero, me decia, que ignorará mi suerte, que no sabrá nada... porque felizmente será al amanecer... al rayar el dia..."

Car. El qué?

Mart. (*Con delirio.*) No os lo he dicho, señora? ó no lo habeis adivinado por mi desesperacion... Dentro de poco, de aqui á algunos instantes, es cuando van á matar á mi hijo...

Car. A matarle!

Mart. Sí; á matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones le van á conducir... Entonces en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y desoyendo sus ruegos, he corrido aqui para deciros: Le van á matar... amparadle... pero vos no estabais aqui, y he esperado... Ah! qué horrible suplicio! Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temia abreviar!... pero ya estais aqui; ya os veo; vamos juntas á arrojarnos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa... ella lo puede todo... pediremos el perdon de mi hijo.

Car. Os lo prometo.

Mart. Vos le direis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones; nunca ha pensado en conspirar; él no pensaba en nada, sino en amaros!

Car. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriria... Oh! no; no puede ser... tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

Mart. Es posible!

Car. Sí señora, sí; una persona quedará perdida, pero no será él.

Mart. Qué quereis decir?

Car. Nada!... nada!... Volveos á vuestra casa; partid; dentro de algunos instantes obtendrá su perdon; se salvará!... descuidad en mi celo...

Mart. (*Vacilando.*) Pero... sin embargo...

Car. En mi palabra... En mis juramentos.

Mart. Pero...

Car. (*Fuera de sí.*) Pues bien... en mi ternura... en mi amor!... Me creeis ahora?

Mart. (*Asombrada.*) Cielos!... Sí, señorita, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera.*) Ah!

Car. Qué teneis?

Mart. Se me figuró que amanecía!... No; á Dios gracias es noche todavía. Dios os proteja y os pague algun dia lo dichosa que me haceis... á Dios... á Dios!... (*Vase.*)

ESCENA IV.

CAROLINA *agitada.*

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á sí mismo para no comprometerme, y para salvar mi reputacion. Y yo... (*Deteniéndose.*) Oh! yo... perdida! deshonorada para siempre... Y qué? de qué me sirve pensar en eso?... es forzoso; no puedo permitir su muerte. El por amor me daba su vida... y yo por amor... le daré mas todavía. (*Sentándose.*) Sí, sí; escribamos; pero á quién confiarme? á mi padre... Oh! no: á Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaria jamas... pero á la condesa... es muger,

me comprenderá... por otra parte... yo no queria creerlo... pero si, como dicen, es amada, si ama!... Dios mio! haz que sea cierto! tendrá lástima de mí, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente.*) démonos prisa; esta declaracion solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia... Carolina de Falklend... (*Dejando caer la pluma.*) Ah! mi oprobio, mi deshonra es lo que firmo... (*Plegando la carta.*) no pensemos en eso... no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos... y á estas horas... de qué medio me valdré?... Ah! por su camarera... enviándole á Jorge, que es de toda confianza... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V.

CAROLINA, FALKLEND.

Falklend. (*Ha oido las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) Una carta! para quién?

Car. (*Con espanto.*) Mi padre!

Falk. "A la señora condesa Estruansé." Vaya, no os turbeis de esa manera; puesto que teneis tanto interes en que esta carta llegue á manos de la condesa... yo se la entregaré... pero pareceme que tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitereis... (*Queriendo habrir la carta.*)

Car. (*Con tono deprecatorio.*) Señor...

Falk. (*Abriendo.*) Me lo permitis... (*Leyendo.*) Cielos! Eduardo Burkenstaf estaba aqui por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto...

Car. Sí, sí; esa es la verdad! abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no;

os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado á muerte, que víctima de su generosidad, va á perecer por salvar mi honor; entonces he creído que comprarle á ese precio era perderle para siempre... he querido ahorrarme á mí remordimientos... á vos un crimen... he escrito!

Falk. Firmar una confesion de esta especie! y por medio de este testimonio que va á hacerse, que debe ser público, atestiguar á los ojos de la condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado espuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padron de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

Car. Qué osais decir, señor? No os opondreis á esa sentencia?

Falk. No soy yo el único que la ha firmado.

Car. Pero sí sois el único sabedor de su inocencia; si os negais á enviar esa esquila á la condesa, corro á echarme á sus pies... pertenezco á su casa... Sí señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: perdon, señora!.. salvad á Eduardo, y salvad sobre todo á mi padre!

Falk. (*Deteniéndola.*) No! no ireis!... no saldreis de aqui.

Car. (*Asustada.*) Espero que no tratareis de detenerme por fuerza!

Falk. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdicion, y no os separareis de mí...

(*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para*

detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.)

Car. Ah! la aurora, la aurora! hé aqui la hora de su suplicio; si os deteneis, no hay esperanza de salvarle; solo nos quedarán nuestros remordimientos... padre mio! por Dios! os lo ruego á vuestros pies... mi carta! mi carta!

Falk. Dejadme... levantaos.

Car. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habreis muerto, y á quien yo amo... (*Ademan de cólera de Falklend. Car. se levanta rápidamente.*) No; bien; no le amo ya; le olvidaré... faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré... (*Dando un grito.*) ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) Soldados! un preso! él es... le llevan al suplicio! Mi carta! mi carta! presto; enviadla! acaso es tiempo todavía.

Falk. Compadezco tu locura; hé aqui mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

Car. Ah! esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unian á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedareis sin hija.

Falk. Carolina! (*Se oye ruido fuera.*)

Car. (*Con energía.*) Oidme empero... oidme con atencion: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aun para salvarle, si el cielo... la fortuna... quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aqui que no habrá poder en el mundo, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble mas fuerte y gritos en la calle:*

Carolina da un grito y cae sobre un sillón ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falk. va á abrir.)

ESCENA VI.

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND.

Falklend. (Asombrado.) El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!

Car. (Corriendo hácia él toda llorosa.) Ah! Señor conde, hablad... es cierto?... el desdichado Eduardo...

Falk. Silencio, Carolina.

Car. (Fuera de sí.) Qué consideraciones he de tener ya ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

Rant. (Sonriéndose.) Perdonad; no sois tan delincuente como creéis; Eduardo existe todavía.

Falk. y Car. Cielos!

Car. Y ese ruido que hemos oído...

Rant. Le causaban los soldados que le han salvado.

Falk. (Queriendo salir.) No puede ser; y mi presencia...

Rant. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudía á vuestro lado, querido y antiguo colega.

Falk. Por qué razón?

Rant. Para ofrecerlos á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

Falk. Vos! (*Estupefacto.*)

Car. Es posible?

Rant. Eso os asombra! No hubierais vos hecho otro tanto por mí?

Falk. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... Ah! el baron de Geller! Y bien? amigo mio, qué hay? hablad presto.

ESCENA VII.

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FAIKLEND.

Geler. Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusión. Por mas que pregunto, como vos, qué hay? cómo se ha compuesto esto?... todos me preguntan, y nadie me responde.

Falk. Pero vos estabais allí... en palacio...

Gel. Ya se ve que estaba; he abierto el baile con la condesa, y poco tiempo despues de haberse retirado S. E., estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distraccion que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja, circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus coches... Qué es eso? Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

Falk. De orden del rey!... pues y Estruansé?

Gel. Preso tambien, de vuelta del baile.

Falk (*Con impaciencia.*) Y Koller, santo Dios! Koller, á quien estaba confiada la guardia del palacio?

Gel. Eso es lo mas sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, por quién direis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

Falk. El... Koller... vendernos? Es imposible.

Gel. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entre tanto se dice, se repite; la guardia del palacio grita: *Viva el rey!* el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita

mas fuerte todavía; las demas tropas que habian hecho resistencia en un principio, hacen á la hora esta causa comun con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aqui, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en trage de baile.

Rant. En la actualidad menos peligroso es ese trage que el de ministro.

Gel. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mio.

Rant. Podeis ahorraros ese dinero. Qué os decia yo ayer? Todavía no hace veinte y cuatro horas, y ya no sois ministro.

Gel. Señor conde!

Rant. Lo habeis sido para bailar una contradanza, y despues de un trabajo de esta especie necesitareis algun descanso; os lo ofrezco en mi casa... (*Con viveza.*) asi como á todos los demas, pues es el único asilo donde podais estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. Ois los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos

(*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcon armados de carabinas.*)

ESCENA VIII.

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER.

Juan. (*Apuntando.*) Alto ahí, escelentísimos señores; adónde bueno?

Car. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) Ah! Señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

Juan. Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX.

JUAN, RANTZAU, EDUARDO *con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de* CAROLINA, FALKLEND Y GELER.

Eduardo. (A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar en la habitación.) Deteneos... no haya muertes... no haya sangre... caigan del poder: eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) Ah! mi libertador! mi Dios tutelar!

Falk. (Admirado.) El... el conde de Rantzau!

Juan y sus compañeros inclinándose. El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo; es de los nuestros.

Gel. Es posible!

Rant. (A Falklend, Geler y Carolina.) Sí señor; amigo de todo el mundo... preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton de Burkenstaf.

Todos. (Gritando.) Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X.

JUAN y sus compañeros, EDUARDO, MARTA *entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza;* BERTON *rodeado del pueblo;* RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER, *detras de ellos* KOLLER; y *en el fondo* pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.

Marta. (Abrazando á Eduardo.) Mi hijo!... herido! está herido!

Eduar. No, madre mia, no es nada. (*Le abraza va-*



rias veces mientras que el pueblo grita.) Viva Berton Burkenstaf!

Bert. Sí, amigos míos, sí; por fin hemos triunfado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido; me glorío de ello.

Todos. Viva!

Bert. (*A su muger*) Lo oyes, muger? Ha vuelto el favor.

Mart. Qué me importa á mí?... ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

Bert. Silencio, señores, silencio!... Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenla puesta en mí toda su confianza.

Juan. (*A sus compañeros.*) Tiene razon el rey! (*Señalando á su amo, que saca de la faltriquera la orden.*) Parece que no, pero qué cabeza! Ya sabia él lo que se hacia cuando tiraba el oro á manos llenas... (*Con alegría.*) Porque de veinte mil florines, no le queda nada, ni un rixdaler

Bert. (*Abriendo el pliego, y haciéndole señas para que calle.*) Juan!...

Juan. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al reves, todos hubieramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los manebos de su tienda.

Bert. Juan, silencio!

Juan. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) Viva Burkenstaf!

Bert. (*Con satisfacción.*) Bien está, amigos míos, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) "Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Despues de haber castigado la traicion, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltran de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la

reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro."

Rant. (Con aire modesto.) Yo! que pretendo retirarme de los negocios...

Bert. (Con severidad.) Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer... Dejadme acabar, os ruego. (Leyendo.) "En la persona del conde Beltrañ de Rantzau... á quien nombramos nuestro primer ministro, (Con énfasis.) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (Bajando la voz.) primer mercader de sedas y proveedor de la corona."

Todos. Viva el rey!

Juan. Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

Bert. (Haciendo un gesto.) Linda recompensa!... y al precio que esto me cuesta!...

Juan. Y yo, aquel destinillo que me habiais prometido.

Bert. Déjame en paz!

Juan. (A sus compañeros.) Qué ingratitud!... yo que lo he hecho todo... de esta suerte me pagan!

Rant. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán mas ligera, como lo espero, (A los magistrados.) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos (A Eduardo.) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasion habeis corrido los mayores peligros... se os debe tambien alguna recompensa...

Eduar. (Con franqueza) Ninguna, señor; ahora puedo decíroslo, á vos, á vos solo... (A media voz.) jamas he conspirado.

Rant. (Imponiéndole silencio.) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo despues.

Eduar. El único premio... (Señalando á Carolina.)

Car. Eduardo!

Rant. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

Bert. (*Aparte tristemente.*) Proveedor de la corona!

Mart. Ya debes estar contento... no era eso lo que deseabas?

Bert. Qué diablos! yo lo era de hecho: sino que antes proveía á dos cortes, la de la reina-madre y la condesa; y derribando á una, pierdo la mitad de mi parroquia.

Mart. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido... y acaso peligrosamente... y todo para qué?

Bert. (*Señalando á Rant. y Koll.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

Mart. Y luego haga usted conspiraciones!

Bert. (*Alargándole la mano.*) Se acabó... en lo sucesivo las veré pasar, y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

Todo el pueblo. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) *Viva el conde de Rantzau!!!*

FIN.

Soy de Manuel Lopez Mora

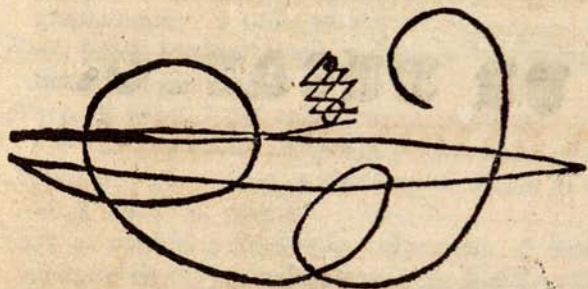
Junio 5 de 1835.

mi costo 6 r.

UN DESAFIO.



Este drama es propiedad legitima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1375823

